



EDELVIVES

colección alandar 

# Mientras duermen las piedras

María Cristina Ramos

coleccion alandar 

Lucía, Rafa y Lito viven con su mamá a orillas del río que tiene unas piedras silenciosas, sin canto. Y allí, en esas orillas, transcurre la vida, con sus tristezas y con sus alegrías, con la risa y el dolor, con injusticias pero también con sueños e ilusiones que les permitirán pensar que algo mejor les tiene que pasar. Y pasará.

ISBN 978-987-642-014-3



9 789876 420143

C1103072

EDELVIVES

## AQUÍ LES DEJO ESTA PERCA

Vivíamos en la orilla del río, en una casa chiquita que nos había dejado el padre de Tere cuando se murió de vejez prematura. Era de buen material y tan bien clavada que podíamos subirnos al techo sin causar ningún desastre.

Mi hermano más grande decía que él era el hombre de la casa pero no le hacíamos caso. Crecer no le había valido de mucho porque seguía comiéndose las uñas y, para su desgracia, la gorra le había quedado chica. Por esos días mi hermano menor daba brincos felices y cantaba porque, por fin, la gorra que tanto había envidiado, ahora le quedaba bien a él.

La mamá no estaba mucho porque trabajaba en las casas lindas y por eso el verano era para nosotros tres.

Teníamos un patio grande que llegaba hasta la orilla del río, y en el patio, el sauce que era como un cielo verde para comer sombra. Más allá estaba la arena, para enterrarse y desenterrarse; después las piedras, las fantásticas piedras con las que rodábamos hasta el agua.

La abuela venía a vernos todos los días y a preguntar si habíamos comido. Siempre le decíamos que sí. La abuela tenía como cincuenta años pero cada dos días sabía salir a pescar en la canoa y, de regreso, nos dejaba algo. Era abuela de muchos nietos, todos de mentira, porque los hijos se le habían ido lejos y no la venían a ver.

El día en que empezó esta historia, la abuela llegó temprano porque había salido a pescar casi al amanecer. Entró y dijo:

—¡A levantarse, haraganes! —Les tocó las cabezas a los chicos y me besó—. Aquí les dejo esta perca. Espero que adentro tenga la semilla de oro —y se fue.

Con los ojos todavía dormidos bajé hasta el río para lavarme y después me peiné, escuchando las palabras del agua en las piedras.

El peine era un tesoro que me había regalado mi amiga Teresa antes de irse en busca de trabajo. Me gustaba el cricrí que hacía mi pelo mientras se desenredaba con las patitas transparentes del peine.

La mamá me había dicho que el pelo crecía mejor si uno se peinaba bien cada mañana y se lo lavaba con

agua de lluvia. El río venía de la cordillera y yo pensaba que era mejor, porque el agua de la nieve es de un cielo todavía más alto que el de la lluvia.

Cuando volví a la casa ya mis hermanos se estaban peleando, que era lo primero que hacían. Después se iban juntos a la orilla y volvían empapados, porque aprovechaban el momento para correr y salpicarse.

Luego de varias corridas, entrarían sudando a buscar los baldes y se irían a buscar el agua al surtidor del barrio nuevo, que era el que estaban levantando más lejos del río. En el comedor comunitario nos habían explicado que no era bueno tomar agua del río.

—Porque produce enfermedades —nos decían.

—Por ese asunto de los microbios —agregaba Rafa.

—¡No! ¡Es porque el agua es toda, toda de los sapos! —porfiaba el Lito.

Me quedé a mirar la perca y me puse a pensar qué sería eso de la semilla de oro. La abuela decía cosas lindas siempre que nos venía a ver. Con una semilla de oro se podría hacer muchas cosas. Cuando limpié el pescado lo hice con cuidadito para no cortarme, para no tropezar con una espina, para mirar dentro de cada rincón, por si había algo diferente. Pero, esa vez, no encontré nada.

El Rafa venía silbando por el camino y con el brazo estirado por el peso del agua. El Lito traía el balde más

chico y levantaba mucho la nariz para que se le viera la gorra.

Yo los vi venir y pensé que hacían falta algunas zapatillas para el Rafa. El que más ropa tenía era mi hermanito, porque iba recibiendo lo que a los grandes ya no nos quedaba bien.

A la tarde de ese día, el Rafa salió solo. Como siempre, no dijo dónde iba. Simplemente se metió las manos en los bolsillos y partió. El más chico quedó lloriqueando hasta que se entretuvo en su afán de alcanzar una langosta que saltaba y volvía a saltar.

—¿Por qué no aprenden a volar estas tontas? —preguntaba.

—Porque no tienen buenas alas —le decía yo. Pero él seguía.

—¿Y por qué no saltan hasta donde está el viento, así el viento las lleva?

—Porque hacen su vida saltando, pues, Lito.

Él podía pasarse media mañana preguntando y a mí se me gastaban las contestaciones y, a veces, la paciencia. Pero la abuela decía que el Lito iba a llegar lejos porque siempre quería saber más.

Cuando a la tardecita la mamá llegó, el Rafa no había regresado todavía. Fuimos juntas a sentarnos a la orilla del río, con el mate recién preparado. A las madres les gusta esa hora en que el sol ha terminado su vuelta y se prepara para acostarse. Jugábamos a cazar colores, nombrando los que veíamos en el cielo y recién cuando

la noche caía nos veníamos para adentro, para que el fresco no nos hiciera tiritar.

Cuando estábamos listos para la cena llegó el Rafa, con cara de contento y una bolsa.

—¿Qué ha traído, mi muchacho? —dijo mamá.

—Espárragos gordos y otros más tiernitos —contestó Rafa. Abrió la bolsa para que los viéramos.

—Hay que ponerlos en agua, hijo.

—Mañana salgo a vender y nos hacemos ricos —dijo, riéndose.

Como a él le gustaba vivir en el agua, todas las veces que podía se iba orillando los canales. Se zambullía y volvía a salir. Le gustaba mirar de cerca los renacuajos que, por supuesto, escapaban cuando lo veían venir.

El Rafa era como un cangrejo gigante que soltaba globos de aire por la boca. Cuando se cansaba salía, arrastrándose como una iguana, y se metía entre las matas en busca de espárragos o berros.

Luego de cenar, todos ayudamos a ordenarlos y a armar los atados. Los dejamos tomando agua en los baldes, para que estuvieran frescos al día siguiente.

—¿Cuándo se van a acabar los espárragos? —preguntó el Lito antes de dormirse. Y, aunque estábamos cansados, le fuimos contestando.

—Cuando pase el verano. Cuando se sequen las plantas.

—Y ¿se van a secar para siempre?

—No mientras haya agua. El verano que viene, brotan otra vez.

—Y si el río se seca, ¿se van por debajo de la tierra a buscar otro río?

—El río no se va a secar, Lito.

—Menos mal. Porque si se van por debajo de la tierra van a chocar con las hormigas.

## UNA CAMPANA INVISIBLE

Las camas eran dos. Una para los chicos, la otra para mamá y para mí. El primero en dormirse era siempre el Rafa. Esa vez el olor verde de los espárragos inundaba la pieza. Después nos contó que había soñado que los espárragos seguían creciendo, tenían hijos y se estiraban todos como árboles. Uno podía correr entre ellos y jugar a la escondida.

Mi hermano Lito daba infinitas vueltas en la cama, soplabla y resoplaba hasta hundirse en el sueño. Recién después se dormía mi mamá. Entonces, llegaba el momento del silencio.

El silencio era una campana invisible para imaginarse todas las cosas. Era mejor imaginar antes de dormir, porque soñar, yo no soñaba nunca. La almohada tenía un descosido por donde seguramente se me iban los sueños.

Por eso un día se me ocurrió utilizar ese huequito para guardar mi tesoro secreto. Era un pedazo de collar que había encontrado una vez en la orilla del río. Solo cuatro perlas, nada más. Pero eran luminosas y rompían la oscuridad. El secreto consistía en hacerles un techo de mantas, para que nadie se despertara y fuera posible pensar en ellas. Después del peine, mi tesoro era lo más valioso del mundo.

Esa noche, las perlas fueron cuatro jinetes que atravesaban el campo. Se escuchaba el cloqueo del galope. Los ponchos de los jinetes se volaban un poco y después se perdían en la polvareda de la distancia. El horizonte estaba, pero borronado de tierra.

Al otro día, El Rafa salió temprano con dos bolsas llenas de atados de espárragos.

—Primero voy a pasar por la casa de la abuela a dejarle un atado en la mesa, mamá.

—Para que cuando regrese se encuentre la sorpresa —entendí yo.

—Y va a saber que alguno de nosotros estuvo —sonrió mamá.

Luego iría, silbando, digo yo, hasta donde la ciudad deja de ser orilla. Le gustaba recorrer veredas y pasajes, casas lindas y de las otras, hasta vender todos los atados.

Las casas de por ahí tenían muchas hileras de ladrillos, yo las conocía. Parecían capas que se fueran

juntando de a poco. Los ladrillos eran como palabras, una siempre al lado de la otra.

Cuando íbamos juntos, nos gustaba caminar pegaditos a las paredes para ver si se oía lo que decían. Si algún día se juntaran todos los ladrillos podrían hacer una pared tan grande que dividiera el mundo en dos pedazos. Eso era lindo de pensar pero daba miedo.

Hacia el final de la caminata habrá sido que se encontró el ladrillo. Estaba suelto y estaba solo, dijo, por eso se lo trajo. Llegó con él hasta la casa.

El Rafa era también un poco pájaro. Le gustaba treparse a los árboles y una vez arriba ponerse a cantar. Cuando desde ahí alcanzaba a ver la cabeza del sol hundiéndose en el horizonte, se quedaba mirando y se sentía liviano como un benteveo; eso decía.

Pero la abuela se preocupaba por él porque, viniendo de su pesca, muchas veces lo había visto allá arriba y no estaba tranquila.

—No te descuides cuando andas por ahí trepado —le recomendaba.

—No, abuela —decía él.

—Que el río no perdona, Rafaelito.

—No, abuela —repetía mi hermano.

—Hay que mirar dónde se pone el pie, que sea una rama resistente.

—No, abuela —decía, y nosotros ya nos dábamos cuenta de que estaba pensando otra cosa.

Pero era cuidadoso; además la mamá decía que él había nacido con un Dios aparte.

Yo no estaba de acuerdo, porque me parece que Dios debe de ser serio y no puede tener la costumbre de andar detrás de gente como mi hermano.

Yo sabía que además de pájaro, el Rafa era un poco pez. Primero porque le daba pena pescar y muchas veces llevaba pedazos de pan al río y soltaba una lluvia de migas para las mojarritas, y segundo, porque casi siempre, después de mirar la quemazón del atardecer, se descolgaba de lo alto del sauce y caía de cabeza al río.

Con un ruido de agua rompiéndose desaparecía por un rato y después de mucho, cuando el corazón me hacía bulla en el pecho, recién se veía aparecer, braceando y yéndose con la corriente. A mí sí que me daba miedo verlo, pero no lo podía detener. Por eso, la noche en que el Rafa no volvió me temblaban tanto las rodillas.

La hora de la cena ya había pasado y nos habíamos entretenido con un mate cocido, porque papas no quedaban más y arroz, tampoco.

—¡Qué raro que tu hermano no viene! —suspiró la mamá.

Yo la acompañé a suspirar.

—Avisó que ya venía —dijo el Lito—. Yo me vine para acá y él se quedó.

—¿Dónde se quedó? —quiso saber la mamá.

—En el sauce viejo.

Ella volvió a suspirar. No era costumbre de ninguno de la familia pasar la noche en otro sitio que no fuera nuestra casa. Así que todos nos quedamos esperando.

La mamá hizo figuras con las manos para que mi hermano chico adivinara el perro ladrando, la cabeza del gallo, el cocodrilo, el cisne y todos los demás animales de sombra que poblaban la pared por un instante y, luego, se perdían en la oscuridad.

Cuando el Lito se quedó dormido, nosotras salimos a mirar. Estaban todas las estrellas, el rumor del río y el parloteo de los sapos. Todo lo demás permanecía quieto y, del Rafa, ni las señas. Entonces la mamá buscó la linterna y se fue a recorrer la orilla del río.

Desde la puerta, yo miraba el triángulo de luz que se movía, alumbrando un pedacito de noche.

## LOS SECRETOS DEL AGUA

Cuando amaneció, estábamos grises de sueño. La abuela vino y dijo que había que avisar a la Prefectura. Yo fui con ella, para acompañarla.

Las lanchas salieron a recorrer el río. Toda la mañana anduvieron. Algunos chicos de la escuela, los más grandes, vinieron en grupos para ayudar.

El pasto de las orillas fue quedando lacio de tantas pisadas, los patos eligieron irse más lejos para evitar la gente, los conocidos del comedor trajeron comida caliente.

El único que podía llorar era el Lito, se encargaba de eso que los otros de la casa no podíamos hacer. La abuela se tomó un rato para avisarles a los patrones de la mamá que había ocurrido una desgracia; no fuera que sucediera otra, todavía.

Poco después de las doce, cuando el sol pegaba más fuerte, los pájaros dejaron de cantar y alguien gritó que lo traían. Todos corrieron hasta el río y hubo un silencio que me hizo doler la garganta.

El ronroneo de un motor, la gente que corría y luego, el agua subiéndose por la orilla. Una de las lanchas con varios hombres de Prefectura pasó, como rugiendo. Llevaban a alguien envuelto en una manta. Dijeron que era el Rafa, pero no se veía. Gritaron algo que pocos entendieron. Era que lo llevaban al hospital.

Estuvo internado cuatro días, que fueron largos y blancos. Lo habían encontrado río abajo, sostenido por unas raíces, casi azul de frío y con los ojos cerrados de cansancio.

Parece que lo arrastró la corriente, o que se golpeó al caer. Él no recordaba nada.

—Pero no es culpa del río —decía—. No fue nada, ya me van a salir escamas, como a las truchas.

Los grandes se fueron turnando para estar con él en las visitas y yo le llevé piedritas de colores que había sacado del agua, para que no extrañara tanto ni le doliera la soledad.

Lo atendieron varios médicos, pero a él le gustó más uno que sostenía la mano para saludar, se sentaba en la cama, y le daba conversación.

Cuando regresó estaba más gordo, más alto y más charlatán. Contrariamente a lo que todos decían, empezó

a estar más tiempo en el río, como si ahora conociera todos los secretos del agua y no los quisiera olvidar.

Un día llegaron unos hombres vestidos de azul y con escaleras. Miraron el aire del lugar, los árboles, las casas. Sacaron los cables que nos traían la luz y no dijeron nada.

Los del comedor nos avisaron que era porque se trataba de una instalación clandestina. Yo me asusté, porque sabía que lo clandestino era algo escondido y que no estaba bien hacer. Pero no alcanzaba a entender por qué no podíamos tener luz, siendo la luz algo tan bueno, sobre todo por las noches.

La abuela llegó al rato y nos trajo un manojito de velas. Algunas eran gordas y de colores. Todas estaban empezadas. Yo me puse a pensar de dónde vendrían, dónde habrían gastado su luz. Puede ser que las velas sean como la gente buena, que van dejando algo lindo por donde pasan.

—¿De dónde las trajiste, abuela?

—Estas blancas me las regaló Romero; las había estado usando en el almacén. Esta celeste es una que me trajo un nieto mío que cumplió diez años. Las otras me las dio Antonia.

—¿La que trabaja en la iglesia?

—La misma.

—¿Se las habrá sacado a los santos? —le pregunté, porque no era buena idea que vinieran a vengarse.

—No, cuando están ya muy gastadas, las sacan y ponen otras nuevas.

Esa noche comimos a la luz de las velas sagradas y hasta jugamos un rato a las cartas. A mí siempre me gusta mirar cómo se alargan las sombras. Pero los días que siguieron fueron teniendo noches mucho más cerradas y sombras más largas, porque había que ahorrar velas, entonces la mamá las apagaba y nos quedábamos conversando.

Algunas veces, jugábamos al veo-veo. Después nos íbamos callando, había que acostar al Lito y luego nos dormíamos en un silencio más profundo que el que había cuando teníamos luz.

Cuando dos noches más tarde fue luna llena, sacamos las sillas al patio porque estaba todo clarito.

Nos quedamos mirando las estrellas, buscando satélites y viendo pasar las alas blancas de las lechuzas. Esa fue, de todas, la noche más linda.

Empezamos a sentir los días cada vez más cortos y las noches fueron de verdad más largas, porque no nos duraban las ganas de hablar a oscuras. El silencio era tanto que, a veces, nos zumbaba en los oídos y escuchábamos en nosotros un ruido de río como si, a medida que se nos acababan las palabras, la sangre se nos hubiera puesto a conversar.

Yo no me podía dormir. El ruido de sube y baja de las respiraciones de los otros me daba impaciencia. En-

tonces, sacaba mis perlas y las miraba bajo las mantas.

Eran lo único luminoso. Me gustaba imaginarlas como faroles de una ciudad donde vivían los amigos y la gente que conocíamos. Tenía una avenida con luces para todos y había esquinas con plazas y en las plazas muchos juegos. También, una fuente con peces de colores donde mi hermano grande metía los pies y mi hermano chico arrojaba monedas.

—¡A quién se le ocurre tirar las monedas! —decía mamá.

—¡Son para los deseos! —decía él, con la cara llena de risa.

—¡Ah, entonces pidamos, pidamos! —decía mamá.

Por esos días ya habían empezado las clases, y mamá tenía que llevar los guardapolvos a la casa de las patronas, y ver quién le daba permiso para plancharlos.

El Lito no iba a la escuela porque no tenía edad, se quedaba con la abuela y la acompañaba en sus cosas. Cada vez que la abuela traía una trucha para que comiéramos, me decía:

—Aquí está, Lucía. Fíjese bien si no tiene la semilla de oro.

Como se habían acabado los espárragos, mi hermano, que ya estaba bien, salía a vender racimos de uva, que le daban algunos conocidos.

Se hizo sus buenos pesos y con eso hasta pudimos comprar cuadernos. El mío tenía pintas de colores y un alambre también pintado. Las hojas no eran muy suaves pero tenían olor a blanco. El Lito anduvo dando vueltas alrededor, como perro mañoso, y no estuvo tranquilo hasta que le regalé una hoja, para que pudiera escribir.

Desde que habían comenzado las clases había otro problema. Teníamos que hacer tarea, y si llegada la noche no terminábamos, había que levantarse apenas despuntaba el sol, para completar los trabajos con el claror del día.

La maestra del Rafa era buena, porque había venido a acompañar cuando lo estábamos buscando en el río. En los recreos le tocaba la cabeza como despeinándolo y decía "¡Qué suerte, qué suerte!", y después, sonriendo, lo dejaba ir.

Yo entendía que tener una maestra así era lindo, y me alegraba que le tocara a mi hermano. La mía, en cambio, era muy mandona y daba mucho trabajo quererla. Yo hasta le llevé medio racimo de uvas, pero ella no sonrió y no se lo comió.

## CUANDO ESTE SAPO SEA ARTISTA

Fue por entonces que el Rafa tuvo la idea de domesticar al sapo. Convenció a la mamá diciendo que, en la escuela, le habían enseñado que había que respetar a los batracios porque eran animales inofensivos pertenecientes a los seres vivos y, además, se alimentaban de insectos.

Era verdad, en el cuaderno había dibujado un sapo con la boca abierta, rodeado de jejenes, moscas y otros bichos. El dibujo era para demostrar que hacían un bien a la humanidad.

Este tema lo tuvo entretenido bastante tiempo. Le hizo una guarida de piedras cerca del sauce, pero el batracio se escabullía. Luego intentó atraerlo acariciándole el testuz y eso parece que le daba gusto porque se quedaba como adormecido. Cuando empezaron las noches

frescas quiso entrarlo a la casa pero mamá no lo dejó.

Una de esas noches, nos atacaron los mosquitos. Tal vez para escapar del frío se habían guarecido todos en la casa. Casi no pudimos dormir. Entonces el Rafa recitó su lección de los batracios dentro de los seres vivos que se alimentan de insectos, y consiguió el permiso.

Le hizo una casita con una caja de zapatos y lo dejó debajo de su cama. Los bichos nos siguieron picando y repicando, pero estábamos tan cansados que igual nos dormimos.

Otra de esas noches, como no me venía el sueño, me levanté a tomar agua. Me gustaba el agua que nos repartían en el comedor, un litro para cada familia, porque tenía un sabor diferente. Tomábamos poca, para que nos durara. Fui sin hacer ruido, para no despertar a los otros.

Sin embargo, cuando volvía descalza a mi cama, pisé algo blanduzco, resbaloso, y me caí. Parece que hice un ruido como de bolsa de huesos porque todos se asustaron. Pero, como no había luz, teníamos que adivinarnos hablando.

—¿Qué pasó? ¿Quién se cayó? ¡Ay, Dios mío, esta oscuridad espantosa! —se lamentó mamá, con esa voz de alarma que me hacía asustar el corazón.

—Yo, mami —dije, y escuché que se levantaba a socorrerme.

Eso fue lo peor, porque ella también tropezó con el batracio.

—¡Qué sapo tonto! —dije yo.

—Y bueno, no tiene ojos de gato para ver cuando alguien se le viene encima —dijo el Rafa.

Mamá nos hizo callar pero él siguió hablando bajito.

—Además, tiene nombre. ¿O acaso te gustaría que él te dijera ser humana?

—¡Qué va a tener nombre!

—Se llama Isigoro, ¡para que sepas!

—Isidoro, será.

—¡No! Isigoro. ¿No lo oíste cuando canta "goro, goro, goro, goro"?

¡Pobre Isigoro! Debe de haber quedado adolorido y escarmentado con esta familia, porque no supimos agradecerle que nos ayudara a luchar contra los invasores.

Mi hermano no se dio por vencido. Como los ladrillos que había ido juntando para hacer otra pieza todavía no alcanzaban, pidió permiso para hacerle una casita al batracio.

Elegió un rincón de la casa y ahí lo guardó. Eso sí, lo sacaba todos los días a nadar con él por el río, y lo trasladaba en la palma de su mano hasta los lugares del agua donde sobrevolaban nubes de insectos, para que se alimentara, como decía la maestra.

Lo que más me gustaba de ese tiempo era verlo conversar, porque mi hermano es de los callados, él prefiere nadar o volar del árbol al agua, pero con el

batracio hablaba ratos enteros. Decía que estaba dedicado a convertirlo en un sapo artista. Yo creo que le hablaba mucho porque lo quería convencer.

Las noches, sin nada de luz, eran cada vez más incómodas. Yo no podía dormirme, me dolían los ojos de tanto tenerlos abiertos sin poder apoyar la mirada en ningún sitio.

La siguiente vez que la abuela nos regaló un pescado, yo le pregunté si con la semilla de oro que trajera una perca, algún día, podíamos pagar para tener luz.

Ella se quedó pensando. Después me preguntó y yo le conté que estaba cansada de oscuridad. Y que estaba también cansada de que el Rafa no tuviera mejores zapatillas y que, alguna vez, me gustaría viajar con todos a conocer el mar, porque dicen que en su orilla descansan los barcos que van a todas partes del mundo. Y que sería lindo que algún día pudiéramos festejar los cumpleaños y tener una heladera.

La abuela pensó y me dijo:

—¡Hijita! Para eso más que una semilla necesitamos un manojo de percas con alforjas llenas de oro.

—¿Qué son las alforjas, abuela?

—Son algo así como bolsillitos a uno y otro lado. Si uno guarda cinco semillas a la izquierda tiene que guardar lo mismo a la derecha. Para que la perca, o el que lleve las alforjas no se vuelque de costado.

—¿Y cuándo vendrán así las percas, abuela?

—Creo que falta todavía, los tiempos vienen difíciles, por desgracia.

—¿Y van a mejorar, abuela?

—Tendrán que mejorar, digo yo. Y si no, algo se nos va a ocurrir.

## PARA ILUMINAR LAS NOCHES

Una de esas noches, la abuela me invitó a dormir a su casa y le ayudé a encender el fuego del rincón. Me encanta escuchar el chirrido de las ramas secas que se iluminan y estallan. Me gusta cómo el fuego va invadiendo las caras de los que están alrededor y cómo las llamas titilan en los ojos.

Alrededor del fuego, en las orillas, la abuela había puesto algunos choclos del verano anterior. Los había dejado envueltos en la mitad de su chala, como para cuidarles el sueño. La temporada había sido buena y las plantas de maíz habían ganado mucha altura. Me acuerdo que con el Rafa jugábamos a la escondida en el maizal, que había formado un respaldo verde tras la casa pequeña de la abuela.

Cuando el fuego se apagó nos fuimos quedando

dormidas. Me gustaba tener dónde posar la mirada. Los choclos copiaban el resplandor de las brasas.

Así fue como me empecé a dividir. La abuela me invitaba seguido a dormir a su casa y yo lo disfrutaba mucho. Pero a la vez pensaba que muy temprano, cuando mamá y el Rafa salían a trabajar, el Lito se quedaba solo. Era un rato en que él todavía dormía, pero solo.

Cuando me quedaba en mi casa, me gustaba sentir que estaba yo para ocuparme de mi hermanito, pero extrañaba la voz de la abuela, las brasas y los choclos iluminando las noches. Era como si siempre algo de mí estuviera en otro lado.

Un día lo pude hablar con la abuela. Ella entiende, aunque yo no le cuente todo. Me miró un rato, me arregló las trenzas y después, cuando yo tenía que regresar, entró a la casa y volvió con algo envuelto en el delantal.

—Tome, Lucía —me dijo. Eran tres choclos, de los de la orilla del fogón.

—Abuela, ¿me los das para comer?

—No, ya el tiempo los ha secado. Sirven para semilla o para otras cosas. Que sirvan para cuidarte el sueño.

En casa todos supieron que me los había dado la abuela, y fue suficiente, porque nosotros nos respetamos los regalos. Los puse en el banquito de al lado de mi cama y me preparé para la escuela.

La abuela se había juntado con un grupo de vecinos de las orillas para reclamar por el corte de luz. Se reunieron varias veces y, después, escribieron una carta para el intendente.

Fue la maestra del Rafa la que escribió y todos los que estaban la firmaron. Dijo la abuela que estaba muy bien hecha y que cuando uno la terminaba sentía una emoción como la de llorar. Dijo que no era como la que se siente cuando algún chico dice algo hermoso, o cuando nace un bebé, sino otra cosa; como cuando uno ve algo triste que no va a tener solución.

Como las autoridades no contestaron hubo reuniones y poco después supimos que se haría una marcha. Nosotros empezamos a oír muchos rumores y ruidos que prometían algo bueno. Nos tirábamos y apoyábamos la oreja en el suelo para escuchar el ruido de los pasos. Era como un ruido de tambores, como un ruido de semillas dentro de la tierra. “Se acercan”, decía el Rafa.

Poco después pasó la caravana, con carteles y banderas. Había ruido de voces y cantos, también el de unas maracas que habían hecho con frascos de dulce y piedras del río. Todos los chicos del barrio nos quedamos a cuidar las casas porque los grandes iban de protesta.

Los grandes volvieron cansados y con esperanzas, pero pasaron dos semanas y la luz seguía sin volver.

Como los ojos me seguían doliendo, y de día no tenía el resplandor de los choclos, me ponía a mirar el río para tener un alivio.

## CON UN BASTÓN DE ÑIRE

Entre un rato y otro, vaya a saber por qué, se me ocurrió marcar líneas en el suelo, líneas desde la orilla del agua hacia el patio de la casa, con un bastón de ñire que usábamos para jugar.

Al principio eran finos como caminos de hormiga, pero seguí pasando con el bastón una vez y muchas veces, hasta formar caminos para gatos y más anchos todavía, como para caballos.

—¿Para qué son esos surcos? —me preguntó el Rafa, que me veía pasar dibujando la tierra. Yo no abrí la boca pero lo miré, y los dos nos quedamos pensando.

Era cierto lo que decía, poco a poco mis dibujos se habían ido haciendo más hondos; ya eran casi como canales.

—¿Y si hacemos una huerta? —se me ocurrió.

—Lo bien que estaría —murmuró, tironeándose el flequillo como cuando piensa.

—¿Y quién dice que no vamos a poder? —me animé.

—En no pocos días vamos a ir pudiendo.

—Hay que conseguir semilla para sembrar.

—¿Comprando? —dijo el Rafa.

—Consiguiendo, nomás.

—Y después regar y sentarse a ver que todo crezca. Agua, tenemos. ¡Río tenemos!

—Y sol vamos a tener, si no se viene tiempo muy nublado.

—Yo hasta puedo dejar la escuela para cuidar todo mejor.

—¡No, eso sí que no! ¡Que no se te cruce! —le dije, le tuve que decir, porque desde el accidente le habían venido ganas de no estudiar más y la abuela lo había tenido que aconsejar fuerte, muchas veces.

Fuimos hasta la casa de la abuela. Le contamos entre los dos, atropellándonos un poco. Le encantó la idea, le preguntamos por herramientas, nos prestó una pala y dijo que tentamos que conseguir un pico para cavar profundo y llegar hasta las capas buenas de la tierra. Además nos dio, en un frasco, las primeras semillas.

Volvimos corriendo a casa decididos a hacer planes y dibujar todo en un papel, para no equivocarnos los pasos ni estropear los pensamientos. Pero ya estaba

por caer la noche, y tuvimos que contentarnos con la conversación.

Al otro día vinieron a censarnos. Dos señoras pasaron llenando planillas con nuestros nombres y documentos, porque el gobierno quería saber cuántos éramos los de la orilla.

Les contestamos lo que preguntaban, pero con el Rafa dijimos que no les iban a alcanzar los papeles y que tendrían que añadir palitos pero sin nombre, porque llegaban unos y se iban otros, pero igual éramos cada vez más.

Recién después de regresar de la escuela iniciamos el trabajo. Lo primero era lo más difícil, había que aflojar la tierra que, a fuerza de pisadas y revolcones, se había vuelto peñascosa y dura.

Suerte que mi hermano es hombre y maneja bien la pala y el pico, así que los levantaba en el aire y los dejaba caer sobre la tierra, que se iba rompiendo apenas, como para que no nos diéramos por vencidos.

Después de mucho sudar mi hermano se cansaba, entonces decía que menos mal que yo era mujer y sabía hacer de todo; soltaba la pala y yo tenía que correr para sostenerla y empezar con mi parte.

A veces, cuando los dos queríamos algo más liviano, jugábamos a bailar sobre la tierra y a romper los cascotes con el bastón.

Sin embargo, acabada la tarde, cuando ya teníamos cansados todos los músculos y el sudor nos había

empapado varias veces, solo habíamos removido un cuadrado de tierra como de dos pasos de lado.

—No estoy nada cansado —dijo el Rafa esa tarde.

—No es cierto —desconfié.

—Te digo que no. No sigo porque ahora hay que darle tiempo a la tierra para que se airee.

—Te digo que cansados estamos los dos —insistí—. Y ya no se ve casi nada.

Él se quedó con esa satisfacción, la de no decir que estaba tan roto como yo. En ese tiempo me costaba entender por qué los hombres necesitan vivir demostrando que son más fuertes.

Cuando mamá volvió del trabajo le contamos lo que habíamos estado haciendo. Se quedó de pronto clavada en el patio y hubiera parecido una estatua si no fuera porque el aire le movía el pelo que se le estaba soltando de la hebilla. Luego comenzó a reírse, pero no decía nada.

El Lito galopaba alrededor y jugaba a caerse en la tierra movida. Hasta que ella dijo que estaba bien, muy bien, pero que no dejáramos de dedicarle tiempo al estudio, porque estudiando íbamos a salir de pobres.

Tal vez por eso habrá sido que el Rafa empezó a andar mejor en la escuela. Hacía todo más rápido y, después, salía corriendo a trabajar en la huerta.

Sin embargo nos daba mucho trabajo la tierra, como si no quisiera despertarse. Hasta que un día

llovió y al siguiente fue todo más fácil, y así nos dimos cuenta de lo que ya hubiéramos podido imaginar.

Desde entonces, empezamos a regar la tierra por la noche para encontrarla más blanda al otro día.

## PARA LO QUE SIRVEN LAS MANOS

Algunos chicos vecinos se interesaron y nos estuvieron acompañando, pero duraban poco, porque si bien al principio nos quitaban la pala para ayudar, ahí nomás descubrían que no era fácil, que había que romperse y que, de darle y darle a las herramientas, salían ampollas en las manos y nos iban quedando los brazos como fallecidos.

El único que duró un poco más fue Sebastián, que vino un día a pedir la tarea de la escuela y se fue quedando. Además de conversar y de hacer dibujos en la tierra, nos ayudaba.

Y todo iba muy bien, pero cuando se iba, el Rafa empezaba a burlarse y a bailar abrazado al bastón para que yo me enojara. Pero no era cierto que fuera mi novio. A mí me gustaba que viniera sólo porque me

divertía, a veces silbaba y, otras veces, rompía cascotes a patadas y eso nos hacía reír.

Cada atardecer medíamos la tierra removida. Lo hacíamos usando mis manos porque como eran más chicas, las cuartas resultaban más y así sentíamos que el trabajo nos rendía.

A veces costaba tener ganas de seguir. Tal vez por eso estuvimos dos días sin avanzar y entonces fue cuando vino Blas, el hijo del mecánico.

Él era muy alto y caminaba dando pasos fuertes. Vino, recorrió el patio y se empezó a reír.

—¿De qué te estás riendo, se puede saber? —le largó el Rafa.

—Nada más a ustedes se les puede ocurrir una idea tan estúpida —dijo, sin dejar de reírse.

Yo suspiré contando hasta diez, pero él siguió con la ofensa.

—Y ¿qué van a hacer cuando el río suba, y suba, pajaritos?

—Hace tres años que no sube, ni piensa subir.

—Eso decían los que se ahogaron.

—Pero ¿no ves que al otro año pusieron la defensa?

—¡No! Si es como dicen en los bares...

—¿Qué dicen en los bares? —pregunté, desconfiando.

—Que los tontos vienen de a pares.

—Y los metidos vienen solos —dijo el Rafa y soltó la pala.

Yo me apuré a hablar y le canté, bien clarito, que era una idea de nosotros y nada le estábamos pidiendo. Pero Rafa se le empezó a venir con ganas de darle una trompada, que yo creo que era lo que se merecía.

Entonces, como siempre en casos así, me aparece adentro la voz de mi mamá diciendo que para algo uno tiene las palabras y que hay que defenderse hablando.

Resoplé un poco para calmarme y le dije muchas cosas más, como para alejar a Blas de la trompada que mi hermano le estaba preparando. Y él parece que lo entendió; empezó a retroceder y dijo que se iba porque tenía que ayudarle al padre.

Apenitas se fue, nosotros tuvimos otra vez ganas de seguir con el proyecto y eso hicimos; era sábado y teníamos todo el día para lo que quisiéramos.

Ese fin de semana terminamos el cuadro inicial, el que necesitábamos para empezar.

Entonces llegaron otra vez los del censo. Les explicamos que ya habían pasado y ellos contestaron que sí pero que, como los números habían resultado engañosos, tenían que hacer todo de nuevo.

Nosotros no nos imaginábamos cómo era eso, porque si hay algo serio y sin cambios son los números y entonces era raro que, justo los que habían usado para contarnos, anduvieran con engaños.

Parece que a todos les cayó un poco mal la explicación, porque la gente grande se fue reuniendo hasta

ser mucha y rodearon a los del censo con voces de rabia y gritando lo que todos queríamos: que nos devolvieran la luz.

Ellos también retrocedieron y se fueron sin saludar.

## LOS REGALOS

No mucho tiempo después, la maestra del Rafa y otras de las buenas invitaron a una reunión al terminar el horario de clases. La abuela fue por nosotros, porque nuestra madre estaba en el trabajo; nos contó que habían decidido organizar otra marcha.

Esta vez sería para presentar en el municipio un petitorio, que es un escrito donde alguien pide algo. Lo habían escrito las maestras, consultándolo con los reunidos.

Mientras tanto, otros se organizaban para pintar carteles y llamar a los que prestaban los tambores. Eso era lo más lindo, poder caminar al ritmo de los tambores. Porque había otras cosas, de las que no hablabamos, pero nos daban miedo.

Desde antes del corte de luz, cuando nos inundamos

y estuvimos varios meses sin destino, y aún desde antes, cuando la gente había empezado a perder sus trabajos, si alguien hablaba de lo que nos pasaba corría entre todos algo como un río oscuro.

Nadie sabía dónde nacía, pero empezaba a correr desde un puño apretado, a una gorra tomada con el enojo de las manos, desde un chico que lloraba de pronto, hasta un grande que se enojaba como nunca antes. Era como si lo que sucedía fuera cambiando lo que conocíamos de los vecinos.

Después de sembrar las semillas que nos había regalado la abuela, y mientras esperábamos que dieran señales de vida, anduvimos buscando otras. Mi hermano consiguió algunas de perejil y yo, no conseguí nada.

En la escuela, Sebastián me regaló un lápiz con un sombrero de goma. A mí el regalo me encantó pero parece que no se me notó en la cara. Yo le dije que estaba preocupada.

—¿Por qué? —me preguntó.

—Es que mi lugar en la huerta, peligra —exageré.

—¿Qué pasó, se cansaron?

—No, esta vez no es por cansancio, sino porque cuesta conseguir semillas.

Entonces Sebastián tuvo una idea fantástica.

—¿Y si les pedimos a los del corralón?

—Pero los del corralón no regalan, venden las semillas.

—¡Te juro que te consigo! —dijo él.

Al otro día, cuando íbamos llegando a la escuela, él, que había llegado primero, salió a buscarme. Se había peinado con mucha agua y traía cara de contento. Yo tuve que soportar los chistes tontos del Rafa y la risa burlona, pero Sebastián estaba tan alegre que hasta mi hermano se sorprendió.

—Aquí está —dijo.

—¿Qué es?

—Y... ¿Qué es lo que estaba faltando para la huerta? ¿Eh?

—¡Conseguiste!

Él agitaba un frasco casi lleno de pequeñas semillas blancas. Eran de tomate.

—¿Cómo hiciste? ¿Las tuviste que pagar?

—El hombre del corralón me conoce. Yo, a veces, le hago mandados.

—¿Y te las regaló? —Yo no podía con mi asombro.

—Bueno, me pidió que llevara las cartas al correo y, de vuelta, le pedí las semillas.

Lo miré y lo vi como nunca antes. Me pareció más alto y tuve ganas de contarle cosas. Yo estaba feliz, y como no sabía qué darle, le di un beso. Porque su gesto me hacía compañía y porque me encantaba que alguien entendiera mi preocupación. Además, porque el insufrible de mi hermano se había adelantado para entrar a la escuela y no podía vernos.

## EL VERDE ALEGRE DEL PEREJIL

Para ver aparecer las plantas surgiendo desde la tierra hace falta mucho riego, buen sol y toneladas de paciencia, porque las muy reinas se toman su tiempo.

Tal vez por eso, o porque estamos acostumbrados a repartirnos las tareas, con mi hermano nos turnábamos para perder la paciencia. Primero la perdía él y no le daba ni una mirada a la huerta por dos o tres días, entonces yo me dedicaba a cuidar y a regar. Después, a mí me daba el cansancio y mi hermano hacía el trabajo solo, silbando orgulloso y como si con él alcanzara para mover el planeta.

Pero lo difícil sucedió una vez en que los dos nos cansamos. Era como si nos hubiéramos olvidado de lo que teníamos que hacer. Como si se hubiera roto el hilo que nos ayudaba a unir una mano con otra y

cada uno se hubiera perdido en sus cosas imaginarias. Ojalá viniera Blas, pensé. Si venía a provocarnos otra vez, quizás nos ayudaría a reaccionar. Pero no vino. La huerta quedó abandonada.

Cuando luego de varios días la abuela lo supo, fue ella la que vino y regó y se puso a hablarles a las plantas, que estarían durmiendo enredadas en el mundo de cosas pequeñas que les daba su cama de tierra.

Claro que también nos habló a nosotros y nos dijo que muchas veces las cosas son así de difíciles, pero que hay que insistir, hasta que cambie la mala racha, o sea, la mala suerte.

El día de la marcha, nos sumamos todos los chicos y fuimos cantando con los grandes hasta la orilla de la ruta, después los saludamos y siguieron los grandes solos.

Ya de regreso jugamos un rato en el río y, al volver a la casa, vimos, por fin, algo como una pelusa verde en uno de los surcos. A pesar del cansancio, a pesar de nuestros olvidos, a pesar de los pisotones de mi hermano más chico, estaba brotando el verde alegre del perejil.

Estábamos tan pero tan contentos, que necesitábamos contárselo a alguien. La abuela no estaba; los vecinos, tampoco; la mamá trabajaba hasta tarde. Igual corrimos por la calle y, de pronto, nos acordamos de Blas.

## SEGUIR CON LA PELEA

Nos miramos sonriendo. Era como si el nacimiento del perejil nos hubiera refrescado, a los dos, el mismo recuerdo. Blas y sus malditas carcajadas. Blas y sus ganas de burlarse de nosotros. ¿Qué cara pondría cuando supiera que habíamos podido con lo que parecía imposible? Nos pareció maravilloso ir y darle la noticia, así que nos apostamos en su puerta, a golpear y golpear.

—Parece que no hay nadie o están todos dormidos —dijo el Rafa, desilusionado.

—¡Qué raro! —dije yo— Siempre a esta hora se queda cuidando la casa. ¿Habrá ido a comprar algo?

Entonces nos asomamos y después dimos unos pasos por el patio, con temor, porque estábamos entrando en casa ajena y sin permiso. El perro, que nos

conocía, nos miró y se mantuvo echado en una isla de sol que había junto a la pared.

Como no veíamos a nadie miramos por una ventanita que daba a la cocina. Ahí lo vimos, inclinado sobre la mesa y demasiado quieto para ser él. Pero era, nomás. Dimos unos golpecitos, entonces salió. Estaba llorando.

Era muy raro, porque nosotros nunca habíamos visto llorar a alguien tan grandote.

Nos quedamos un rato sin saber qué hacer y después mi hermano le preguntó qué pasaba. Él se secó los ojos, salió un poco más hacia el centro del patio y pateó una piedra que llegó hasta la calle. Después se acercó un poco más hacia nosotros, como si tuviera un secreto, y dijo:

—Nada. Que echaron del trabajo a mi papá.

Primero lo acompañamos a estar callado. Era un silencio pesado en el que mirábamos a cualquier parte, menos a sus ojos. Yo sé consolar a mi hermanito, ¡pero Blas era tan grande!

Cuando no sé qué hacer, a mi hermano se le ocurre algo. Entonces metió la mano a un bolsillo, después a otro y sacó una cosa pequeña, la miró y se la dio a Blas. Era nada menos que el cortaplumas, el que le había regalado un vecino de cama del hospital. Y él se lo dio a Blas.

Yo pensé que mi hermano se iba a arrepentir, que después de unos días iba a andar con la cara larga, por

haber regalado el cortaplumas. Pero no fue eso lo que pasó, anduvo bien y hasta contento. Él ha sido siempre así, capaz de sorprenderme.

Los grandes regresaron recién a la tarde, cansados y sudorosos. Muchos fueron directamente a bañarse en el río, a otros los vimos reclinados en los frentes de las casas, tomando algo fresco, cebándose unos mates, conversando.

La abuela nos contó que habían regresado para descansar, pero que al día siguiente habían programado seguir con la pelea. Nosotros le dijimos lo que nos había contado Blas y ella se puso muy seria. Cada vez eran más los que se quedaban sin trabajo. Eso nos hacía mal a todos.

Pasado un rato, nos acordamos del perejil y corrimos a darle la buena noticia a la abuela, que hizo un escándalo de alegría, vino hasta nuestra casa y se agachó para acariciar las hojitas casi invisibles.

Esa noche, me desprendí fácilmente de la oscuridad y soñé por primera vez. Me fui dando cuenta de que soñar es como caminar entre voces que flotan y pasos que resuenan. Como caminar por una ciudad que conociste y has olvidado. A veces hay esquinas donde se puede encontrar lo que has perdido. A veces algo muy lindo, otras veces algo que es mejor no recordar.

En mi sueño había un conejo, pequeño como una moneda, que jugaba en la huerta. Saltaba entre las

hojas y cavaba pocitos. Entonces aparecían las zanahorias y lo saludaban, siempre en grupo, como para que él viera que eran personas y supiera que no se las tenía que comer.

## PARA APROVECHAR LA LUZ

En las semanas siguientes las plantas crecieron varios centímetros y comenzaron a aparecer las otras, las de tomate. No descuidábamos el riego y ya mi hermanito se había acostumbrado a no pisar la tierra cultivada. Además, se le había contagiado el entusiasmo y nos ayudaba con el riego.

Después de conversar varias veces entre nosotros y consultarlo con la abuela, invitamos a Blas para que se sumara al grupo. Al principio no dijo nada, después se fue acercando como con vergüenza. Hasta que un día vino y ayudó a ahondar los surcos para que el agua corriera mejor, y estuvo entretenido y alegre.

Los grandes seguían dividiendo el día; por la mañana y por la noche trabajaban, pero después del mediodía marchaban a reclamar por la luz.

Estaban organizados, llevaban pancartas y tambores. Los maestros seguían enviando notas y petitorios, y algunas madres se encargaban de llevar botellas con agua fresca, para que nadie tuviera un golpe de calor.

—¿Qué es un golpe de calor? —preguntaba el Lito.

—Es cuando el sol está tan fuerte que es capaz de enfermarte —traté de explicar.

—Pero el golpe ¿lo da el calor o lo da el sol?

—El calor del sol.

—¿Y dónde te pega?

—En la cabeza.

—Y cuando yo le pego al Rafa en la cabeza, ¿soy un golpe de calor?

Cuando el perejil estuvo a una altura en que ya podía ser aprovechado, la abuela nos aconsejó que armáramos ramitos y saliéramos a ofrecer.

Rafael les vendió a los maestros, y yo, a la gente que pasaba en autos y se detenía en el semáforo de la avenida. Hicimos unos pocos pesos y se nos acabó la producción. Había que armarse de paciencia otra vez, para esperar que crecieran las ramitas nuevas.

Con mi hermano estuvimos pensando maneras de que el perejil no se acabara y decidimos que necesitábamos un paño de tierra más grande. Pero de solo pensar que tendríamos que ablandar más tierra de nuestra orilla, nos dolían los brazos.

La preocupación se nos olvidó cuando vimos que

los tomates estaban redondeando. Habían crecido tres matas, no era mucho; la cosecha alcanzaría solo para nosotros.

El primero en madurar fue uno que estaba en el centro de la planta, entre una cortina de hojas que lo protegían. Se asomaba lustroso y tímido. Lo estuvimos esperando y cuidando.

Hasta que un día, mi hermano lo lustró, apenas y con mano de ángel, porque si hacía movimientos bruscos podía desprenderse del tallo. Era hermoso verlo señorear en su rama y se nos hacía agua la boca pensando en el festín que nos haríamos.

Por suerte, a medida que pasaban los días, los otros también iban madurando y eso nos consolaba. Así sería más fácil repartir sin quedarse con ganas.

En el barrio seguíamos sin luz y unos, que no eran de los nuestros, habían puesto un kiosco para vender lámparas que funcionaban a gas. Eran grandes y lindas, pero a nadie le cerraban los números como para comprar algo nuevo. Solo la gente del comedor compró una, en cuotas. No pasaron de ser una cosa extraña, una curiosidad. Cuando los vendedores lo entendieron, se fueron en busca de otros clientes.

Poco después, el padre de Blas, que era mecánico, consiguió que le dieran, temporariamente, un puesto para vender diarios. Salía de madrugada y se paraba en una esquina de la avenida, ese era el puesto. Rafa me contó que apoyaba la pila de diarios sobre el borde

de la ventana de una fábrica abandonada, y pregonaba sus diarios. Cerca del mediodía podía salir caminando por algunas calles, hasta agotar los ejemplares.

Blas, con su afán de ayudarlo, estuvo a punto de perder el año escolar. Casi día por medio se iba a acompañarlo, y en esos días no asistía a clases. La maestra fue en su busca y habló con él y con el padre, hasta que los convenció.

Muchas veces mi hermano tuvo que ayudarlo con las tareas de la escuela, porque tal vez por haber faltado, o tal vez por la situación que le pesaba en el pensamiento, andaba con dificultades para entender los problemas de la escuela.

Sin embargo, no se recuperó de la tristeza. Decía que él ya era grande para ir a la escuela. Es que estaba por cumplir los trece y tenía mucha preocupación por el padre, quien sufría de una enfermedad en la sangre, de la que mucho no sabíamos.

La abuela habló con él varias veces. A mí me daba pena verlo tan grande, con esos hombros tan redondos y ese gesto como de estar apoyado en la tristeza. Por eso, el día de la ceremonia del tomate, él fue el primero en probar.

Habíamos sacado la mesita al patio para aprovechar la luz que iba quedando del día. Todos dijimos algo lindo y, luego, sin habernos puesto de acuerdo, le dimos el plato con el tomate, para que lo cortara en pedacitos y probara el primer bocado.

Antes de probar nuestro pedazo, esperamos la expresión de su cara, porque se lo veía contento y nervioso. Dijo que estaba estupendo y exquisito, y se rió con una risa cortada que le sacudía el color aguado de la camisa.

Su risa estaba hecha con la alegría que todos sentíamos. Con esa alegría íbamos a juntar fuerzas para seguir peleando contra la sequedad de la tierra.

Después le alcanzó el plato a la abuela y le puso en la mano el tenedor, suavemente, como con una caricia.

## CUANDO LA ABUELA SONREÍA

No había forma de explicarle a mi hermano más chico cómo era esto de la luz. Habíamos probado diciéndole de distintas maneras lo de las conexiones, y el pago y las injusticias. Pero nos volvía a preguntar y se enojaba. Entonces el Rafa probó a decirle:

—Lito, la luz nace del río, y el río viene con menos agua que otros años.

—¿Y con eso...?

—Como en el pueblo hay mucha gente con luces encendidas, la luz se gasta y no llega al barrio.

—¿Y si les avisamos para que apaguen unas pocas luces? —preguntó.

—Sí, podríamos ir a decirles pero...

—Pero a nosotros no nos hacen caso —se contestó él mismo.

Igual, esta explicación lo dejó tranquilo por un tiempo. Nosotros, en cambio, estábamos cada vez más impacientes, más hartos de la oscuridad, y todas las razones que daban por la radio nos parecían tontas.

Un día vino la maestra de Rafa buscando a la abuela. Quería avisarle de una nueva reunión. Nos encontró en la huerta y se sorprendió.

—¿Están cultivando? ¡Qué buena idea! —dijo, abriendo mucho los ojos, y se agachó para mirar más de cerca.

Mi hermano fue moviendo las hojitas con un dedo, para que la maestra viera cómo iban viniendo los tomates.

—Fue una ocurrencia de mi hermana —dijo, y a mí me dio algo parecido a la vergüenza.

—Pero lo hicimos entre todos —aclaré—. Hasta Blas estuvo ayudando.

—¿Blas estuvo haciendo esto con ustedes?

—Sí, es un buen compañero.

—Chicos, la mamá de ustedes debe estar muy contenta.

—Sí —dijo mi hermano—. Y la abuela también viene a darnos una mano.

—¿Y ya probaron los tomates?

—El otro día cosechamos los primeros.

—Y los repartimos.

Ella se quedó pensativa. Luego saludó y se fue. Cuando la abuela pasó a vernos le dijimos lo de

la reunión. Entonces, buscó un lugar para sentarse y nos contó:

—Soñé que venía como siempre, siguiendo la corriente del río. En mi canoa llevaba el canasto para la pesca. El río venía bajito y era fácil pescar. Como la pesca era mucha, yo la iba poniendo en otra canoa y luego en otra. Era como un camino de canoas llenas de pescado.

En los días que siguieron, le preguntábamos cuando la veíamos venir:

—¿Y, abuela? ¿Cuántas canoas esta vez?

—Unita, nada más. Tal vez, mañana.

Y sonreía. Cuando la abuela sonreía nosotros sentíamos que algo estaba bien. Y cuando hablaba, lo hacía más lentamente que otra gente. No era de enojarse, iba encontrando la manera de no discutir.

Si estábamos tristes, hablábamos de las canoas de pescado que la abuela traería. Eran las que navegaban en sus sueños, pero nosotros las veíamos venir, en la tranquilidad de los ojos cerrados.

## EL PERDIDO CANTO DE LAS PIEDRAS

Un día, mi maestra dijo que las piedras del río venían en él desde tiempos tan lejanos, que el agua las había vuelto lisas y redondeadas. Dijo también que se llamaban cantos rodados. Y cómo se llamarían las de la orilla, esas que nosotros usábamos para jugar y que se habían ido aquerenciando más con el aire. "Igual", nos dijo, "cantos rodados".

Yo no me animé a discutir, pero seguro que las piedras habían perdido el canto al dejar la suavidad del agua. Porque solo jugaban al gris y al silencio.

A veces nosotros las animábamos, las hacíamos volver y volver a la casa del agua. Pero no sabíamos si era eso lo que querían, o si permanecerían calladas hasta aprender, una a una, nuestras palabras.

En el recreo me quedé pensando en esto, cuando la maestra del Rafa nos llamó.

—¿Cómo está marchando la huerta, chicos?

—Estamos en la segunda siembra de perejil —dijo el Rafa. Ella se rió y nos dijo que tenía una idea.

Había hablado con un señor que era agrónomo, esto quiere decir que había estudiado cómo hacer crecer las plantas. Ella quería llevarlo a nuestra casa para mostrarle nuestro trabajo.

Sabiendo que tendríamos visitas, nos pusimos como locos a arreglar el lugar. Hasta barrimos, hicimos una orilla de piedras pequeñas y pusimos palitos con carteles indicadores:

**TOMATE**

**PEREJIL**

**OTROS CULTIVOS**

En realidad el último era para darnos importancia, porque nos habían regalado un puñado de semillas mezcladas que no podíamos identificar. Las habíamos plantado juntas en un sector, sin saber qué pasaría.

Con un ovillo de piolín que nos había traído la abuela, habíamos tejido una especie de respaldos, para ayudar a las plantas de tomates a sostenerse cuando estuvieran muy cargadas.

Estuvimos rogando que no corriera viento, porque el viento apaga el verde y quiebra las ramas tiernas. Queríamos que el agrónomo se sorprendiera con la prolijidad y el verdor.

## NO QUEREMOS NIÑOS

El hombre bajó de una camioneta remendada y saludó quitándose la gorra y diciendo sí con la cabeza. La maestra le dijo que nosotros éramos los chicos de la plantación. A mí me gustó que ella nos nombrara de esa manera.

Él nos dio la mano como si fuéramos personas grandes. Entró hasta donde estaba la huerta y observó con cara de entender. Después preguntó con voz de no entender.

—¿Le agregaron algo a la tierra?

—¿A la tierra? Sí, agua —dijo mi hermano.

—No. Me refiero a si le agregaron guano o algo así, para darle fertilidad.

—Hicimos como los egipcios —dijo mi hermano, y miró a la maestra. Ella se rió y le explicó al hombre algo de las lecciones de la escuela.

—¿Y no les gustaría trabajar en la huerta comunitaria? —preguntó el señor, ahora con una sonrisa.

No sabíamos qué era eso; la maestra nos explicó.

—Es un grupo de vecinos sin trabajo que se juntaron para cultivar en un terreno prestado. El ingeniero les dice cómo ir haciendo cada cosa, para que los resultados sean buenos.

—Ustedes han aprendido mucho con esta experiencia, así que les va a resultar fácil.

—Y ¿cómo trasladaríamos todo esto? —pregunté.

—No, esto seguiría aquí, pero ustedes podrían sumarse al grupo y trabajar también en la comunitaria —dijo el hombre.

—Y ¿cómo se reparten la cosecha? —quiso saber el Rafa.

—Se hace la cuenta de cuántas horas trabajó cada uno y se le entrega lo que le corresponda —explicó él.

—Yo podría ir todo el día —se entusiasmó mi hermano.

—Todo el día no, Rafael... —aclaró la maestra, y todos sabíamos lo que quería decir.

Además, la maestra dijo que había que pedirle autorización a mi mamá.

—Y a la abuela —dijo el Rafa.

La huerta comunitaria estaba bastante lejos. Pero no a una distancia imposible si uno iba caminando y

conversando. El primer día nos dejaron mirar y preguntar, nada más.

El Rafa se moría de ganas de ponerse a hacer algo. Andaba con las manos en los bolsillos, después se rasaba la parte de atrás del cuello, se alisaba las mangas de la camisa, caminaba hacia un lado y hacia otro. Parece gato enjaulado cuando no lo dejan hacer nada; yo lo conozco.

—Tranquilo —dijo el ingeniero—. Si miran bien, mañana van a poder empezar con alguna tarea. Vayan conociendo a la gente.

Y eso hicimos. Eran más mujeres que hombres, todas buenas, menos una que se mordía los labios como si estuviera enojada.

El primer ayudante del ingeniero era un hombre llamado Bernabé.

—¿Chicos no trabajan? —le preguntó mi hermano.

—No. No queremos niños porque complican las cosas.

Yo empecé a temer que mi hermano se enojara. Pero el hombre continuó:

—Hay solamente uno, pero que no es un niño sino casi un hombrecito, más o menos de tu edad.

¡Qué alivio! Así estaba todo mejor. O sea, que nosotros habíamos dejado de ser niños.

## CUANDO EMPEZÓ LA MALA SUERTE

En los almacigos había cartelitos indicadores como en la huerta de nosotros. Los había escrito el ingeniero, con letras bien dibujadas. Debajo de cada nombre había otro, entre paréntesis, que parecía escrito en un idioma extraño.

—Son nombres en latín —dijo Bernabé—. Es como un nombre oculto que tienen las plantas, y que solo algunas personas conocen.

Yo imaginaba sobre el papel las manos del ingeniero, grandes, como de madera blanda, moviendo lentamente el azul de escribir; su frente ancha inclinada sobre la mesa de trabajo, y las palabras brotándole del pensamiento.

Al otro día, llovió. No pudimos ir y, aunque hubiéramos ido, no se podía trabajar. Después se fueron las

nubes y comenzamos, todos los días. Nos apurábamos a hacer las tareas de la escuela y huíamos.

Cada vez se nos hacía menos largo el camino, porque habíamos descubierto unas cortadas que nos ahorran distancia.

Aprendimos a trabajar muy bien, o sea, a perfeccionar lo que habíamos ido aprendiendo solos. En la huerta comunitaria éramos más de dos, y eso era muy bueno. Se hacía más fácil permitirse un descanso. En esos descansos tomábamos mate. Teníamos una pavita negra con una manija de madera, que había pasado ya por muchos fuegos. Ahora el fuego se lo dábamos nosotros y ella nos era fiel.

Un día a algunos grandes se les ocurrió poner un cartel en la entrada. Lo hicieron consiguiendo pintura y utilizando escuadra y regla y ensayando borradores. Cuando estuvo listo, lo clavaron en un poste de madera. El cartel decía:

**Huerta comunitaria  
Emprendimiento colectivo.**

Según recuerdo, fue lo que nos trajo mala suerte. Como en poco tiempo había que elegir gobernador, estaban comenzando a llegar algunos políticos en camioneta. Andaban recorriendo los barrios. Algunos entraron hasta donde vivíamos, traían regalos y promesas.

Los regalos podían ser maderas, puertas y ladrillos para mejorar las casas; también algunos colchones y chapas para los techos.

Un día llegaron a la huerta, miraron el cartel y golpearon las manos. Algunos de los que estaban trabajando dijeron algo en voz muy baja, otro salió y los hizo entrar. Uno entró sin cuidado y aplastó dos plantines de pimientos.

Dijeron cosas y preguntaron qué necesitábamos.

—¡Semillas! —contestamos.

—Y un lugar donde poder vender lo que cosechemos —dijo Bernabé.

Pocos días después, llegaron otra vez y trajeron grandes bolsas con verdura y frutas y lo repartieron, a los de la huerta y a los vecinos.

No dijeron nada de lo que les habíamos pedido y, como todos tuvieron que decir gracias, nadie se animó a preguntar.

Así empezó la mala suerte; esa semana muchos dejaron de venir a trabajar. Para conseguir más rápido lo que necesitaban, prefirieron unirse a las caravanas de gente que andaba repartiendo cosas. Quedamos pocos en la huerta y hubo que buscar gente nueva.

Mi hermano y Bernabé se hicieron cargo, junto con el ingeniero, de hacer turnos para regar y atender la plantación. El ingeniero se había quedado muy triste y la maestra vino a visitarnos varias veces y, otras se quedó a ayudar.

—¡Es una pena que abandonen un proyecto tan lindo! —decía.

—No importa —afirmaba el ingeniero—. Cuando pase la campaña y vean que están como antes, sin nada, van a volver.

—¡Qué lindas las flores de los pimientos! ¡Parecen campanitas! ¿Dónde vamos dejando la maleza?

Mi hermano le iba diciendo a la maestra dónde estaba cada cosa y se sentía importante, porque ella lo consultaba para todo.

Pero estábamos tristes; el Rafa de a ratos se ponía a silbar, que es lo que hace cuando tiene cosas que decir pero no se anima. Después me contó que había visto llorar a Bernabé cuando hablaba con el ingeniero.

## EL PESO DE LA SOMBRA

Sucedió casi como dijeron. Y cuando algunos decidieron volver, ya la plantación había prosperado, estábamos cosechando algunas hortalizas.

—¿Ahora van a venir para el reparto? —se enojó Bernabé.

—Tranquilo —le dijo el ingeniero—. Por lo menos nosotros, nos vamos a mover con justicia. El que tanto trabajó, tanto tendrá.

—¿Y los que se fueron?

—El que no estuvo, tendrá que esperar hasta que empecemos con otro cultivo.

—¿Así nomás?

—Así nomás, Bernabé. Eso es lo justo.

Como lo que nos tocó a nosotros fue bastante, alcanzó para las comidas de casi un mes, de nosotros y

de la abuela. Llevamos algo a la casa de Blas y, también, una buena cantidad de acelgas al comedor comunitario.

En la semana en que el horario de trabajo era menor, aprovechábamos para dedicarle más tiempo a nuestra territa. La planta de tomate se había vuelto tan larga que necesitaba apoyarse en la tierra. Y por suerte estaba cargadísima.

—¡Parece un árbol de navidad! —dijo mamá. Estaba contenta como hacía mucho tiempo no la veíamos.

Ese día preparamos arroz blanco y partimos tomates. Como esto era casi una fiesta, fuimos a buscar a Blas y lo invitamos.

También guardamos un tomate. Para la abuela, por supuesto.

Supimos por la radio que habían decidido extender las líneas de electricidad que estaban instalando en el barrio nuevo, para que cubriera nuestro grupo de casas, en la orilla del río. Para eso había que ir a un lugar y dejar los nombres y los números de documentos.

Eso hicieron los grandes, pero el tiempo pasaba, y seguíamos a oscuras. Cualquier atardecer era como una amenaza. Cada nuevo sol venía con la sensación de lo que se acaba. Después, venía el peso de la sombra.

Un día en que la abuela nos visitó le preguntamos:

—Abuela, ¿qué podemos hacer?

—Ya dijeron que iban a dar la luz.

—Pero falta que traigan los postes —dijo Rafa.

—Y una vez que la pongan vamos a tener que pagarla —advirtió la abuela.

—Bueno, pero la huerta de acá está produciendo.

—Yo puedo salir más tiempo a vender...

—Que no, Rafa, que no —dijo la abuela.

Yo la invité a tomar unos mates, así ya lo teníamos listo cuando llegara la mamá. Estaba agitando la yerba y de pronto caí en la cuenta de que el Lito no estaba.

—¿Y el Lito?

—Andará jugando —dijo la abuela.

—Jugando estaba cuando yo me fui a la casa de Blas —recordó mi hermano.

—Pero eso fue temprano...

Lo busqué afuera y no lo encontré. Empecé a sentir en la garganta el mismo dolor de cuando esperábamos a Rafa y no vino, y no vino, y todos teníamos miedo pero nadie se animaba a decir lo que pensaba.

A la abuela se le ocurrió mirar en la pieza y lo vio. Estaba acostado, y eso que no era ni siquiera la tardecita. Nunca el Lito se tiraba en la cama; tenía que ser noche cerrada para eso.

—Algo le está pasando —me preocupé.

—¿Anoche durmió bien? —quiso saber la abuela.

—Sí, y se durmió más rápido que otras veces.

—Tiene un poco de fiebre.

Le sacamos las zapatillas y lo ayudamos a acomodarse en la cama. Yo encendí una vela, porque era una

penumbra triste la que había en la pieza. Parece que la luz hace que la tristeza se vaya. Pensé en hacer animales de sombra, pero el Lito tenía los ojos cerrados.

## LO QUE HACE LLORAR

Fui hasta la cocina y preparé el mate. Mamá estaba por llegar. Cuando está llegando se escuchan los pasos sobre las piedras. Es raro, en estas piedras de las orillas los pasos no dejan huella. Son invisibles los pasos de los que van y vienen cada día.

Cuando yo era más chica y ella se iba, esos pasos me hacían llorar. Era mucha la pena de quedarme en la cama, mientras ella se iba a su trabajo en esa hora de silencio que guarda todavía la oscuridad de la noche.

Pensaba en el frío que castigaba su espalda. Y me daba mucha rabia no poder acompañarla, para ir conversando, porque la conversación hace pasar el frío y la soledad.

Tomé con la abuela los primeros mates y entonces

llegó la mamá, con cara de cansada, sosteniéndose el pelo para poder besar.

Cuando le contamos lo del Lito, se puso seria, se acercó a la cama, le tocó la frente. Lo arropó otra vez y acercó un banco para sentarse. Allí se quedó y solo el resplandor de la vela le marcó en la cara el camino que seguían sus lágrimas.

La abuela me tomó del hombro y nos fuimos afuera. Yo sentía que me sobraba el cuerpo, o que el corazón se me había caído.

—¿Por qué llora mi mamá, abuela? —le dije, agradeciendo tenerla tan cerca para preguntarle—. ¿Es que acaso el Lito se va a morir?

—No niña, no diga eso. Pero las penas pesan y es triste ver a los hijos enfermos.

—Pero otras veces no lloró.

—Cuando a uno se le enferma un hijo piensa en todo lo que tuvo que hacer y no hizo.

—Pero mi mamá hace todo lo que tiene que hacer.

—Todo y más, Lucía, todo y más. Pero cuando la mamá está tanto fuera de casa, piensa tonteras.

—¿Cómo qué, abuela?

—Que las enfermedades llegan porque no hay nadie que las ahuyente.

—¿Qué enfermedad tendrá mi hermanito, abuela?

—Nada demasiado importante, mi niña. Si sigue con fiebre mañana lo llevamos al hospital, ¿quiere?

Le dije que sí y supe que, si era necesario, la abuela

no saldría de pesca. Iba a venir como otras veces, con el vestido de flores y el bolsito de salir.

En eso llegó Sebastián con una noticia de mi amiga Tere. Él sabía cómo me alegraba saber de ella y, apenas supo, se vino a decirme.

—Que dice el hermano que ella está bien, que no pudo ir a estudiar este año pero está trabajando en un mercado. Que por las tardes tiene tiempo para el tejido.

—¿Y no se sabe si vendrá para acá? —le pregunté a su pelo llovidito, a su manera de abrir mucho los ojos y mirarme, como si yo fuera saliendo del agua y él tuviera manos de sol.

—Dice que tiene que trabajar y en un fin de semana no alcanza ni a venir.

—A veces, creo que nunca la voy a volver a ver —dije, y me puse a llorar la pena por mi hermano y por la distancia que se había llevado a mi amiga.

—Pero puede que en el verano sí vuelva, Lucía —dijo él, preocupado.

—Yo le voy a escribir a Tere, me parece, Sebastián. Y a la vez, recordé que en mi cuaderno había empezado a escribir frases secretas para él.

—¿Una carta, Lu?

—Una carta, varias, no sé. Para contarle de nosotros.

—Yo puedo llevar la carta hasta el correo, cuando lleve las del corralón. ¿De nosotros, le vas a contar?

—Ah, pero me falta saber la calle, el barrio donde vive.

—Mañana voy a ver al hermano otra vez. Le pido que me lo diga.

Después nos quedamos juntos, un rato en la orilla del río. Escuchábamos los sapos, arrojábamos piedritas al agua. Y cada piedra se hundía con un plop redondo, que hacía ondear las estrellas.

## LOS PASOS INVISIBLES

Al Lito hubo que internarlo. Los médicos dijeron que era por una enfermedad que se llamaba no sé cómo pero terminaba en itis. Cuando volvimos de la escuela y lo supimos, el Rafa corrió y buscó en todos los rincones del hospital, hasta dar con el médico que se había hecho su amigo, la vez del accidente en el río.

El Rafa entró orgulloso a la sala de niños; el médico amigo lo traía del hombro. Él se encargó de que el Lito estuviera tranquilo. También le pidió al Rafa que le mostrara el cuaderno, para ver cómo iba en la escuela.

Después le ofrecieron a mamá tomar un trabajo de medio turno como repositora en el hospital. Esto era que tenía que ponerse guantes, cortar las gasas y los algodones, armar paquetitos y tenerlos siempre listos en cajas, en los estantes de una sala.

En el hospital nos sentíamos seguros, porque nos dejaban estar más tiempo que el marcado por el horario de visitas. Además, le traían doble ración de comida para que el Lito pudiera convidarnos.

La maestra de Rafa, cuando se enteró de lo ocurrido, nos trajo un libro de cuentos para que le leyéramos al Lito. Era la historia de un tigrecito que se quebraba una raya y tenía que quedarse internado en un hospital.

Así como el tigre sanó con el cuidado de su amigo el oso y de todos los que iban a quererlo, mi hermano, luego de tres días pudo volver a casa.

Cuando llegó el último médico, el que tenía que firmar el papel de salida, eran cerca de las siete de la tarde. Entonces nos pusimos en camino.

Mi hermano Rafa lo cargaba a caballito sobre su espalda, que es lo que a mi hermano chico más le gusta en el mundo. Mamá me llevaba del brazo, caminábamos y nos reíamos de cualquier cosa, porque estábamos felices de ir otra vez a casa, todos juntos.

—Viste, mamá —se me ocurrió—. Al final conseguimos la semilla de oro.

—¿Esa que decía la abuela?

—Esa. Digo porque pasaron muchas cosas, pero estamos bien.

—¡Y porque conseguí este nuevo trabajo, Lucía!

—¡Vas a estar más tiempo con nosotros, mamá!

Mamá me abrazó y yo pedí un deseo. Que las próximas malas suertes estuvieran lejos, muy lejos todavía.

Ya era la hora en que se va acabando la claridad, cuando los pasos comienzan a escucharse más.

Mientras íbamos bajando de la barda, el sendero se extendía y se iba acercando a la orilla del río, donde chisporroteaba el canto de los sapos.

—El que canta más fuerte es Isigoro, ¿lo escuchan? —dijo el Rafa, orgulloso.

De pronto nos llegó un silbido. Era Blas que nos salía al encuentro, corriendo con su cara grandota llena de sonrisa.

—¡Miren! —nos dijo, y señaló hacia las pequeñas casas donde vivíamos. Vimos tres luces encendidas en la calle.

—¿Nos devolvieron la luz?

—Algo así —dijo, y se rió.

No lo podíamos creer.

—¡Qué alivio, Dios mío! —suspiró mamá.

—¿La abuela ya lo sabe?

—Los está esperando en su casa, con una perca asadita —dijo Blas, y se acercó para que el Lito cambiara de cabalgadura.

Entonces corrimos otra vez sobre las piedras sin canto. Las piedras grises que han dormido por siglos bajo el agua del río y no despiertan todavía. Será por eso, tal vez, que no saben guardar nuestras huellas, ni el rumor de los pasos que les vamos dejando.

ÍNDICE

Aquí les dejo esta perca	5
Una campana invisible	11
Los secretos del agua	17
Cuando este sapo sea artista	23
Para iluminar las noches	29
Con un bastón de ñire	33
Para lo que sirven las manos	39
Los regalos	43
El verde alegre del perejil	47
Seguir con la pelea	49
Para aprovechar la luz	53
Cuando la abuela sonreía	59
El perdido canto de las piedras	63
No queremos niños	65
Cuando empezó la mala suerte	69
El peso de la sombra	73
Lo que hace llorar	77
Los pasos invisibles	81